

Bola de nieve

Autora

Irene Reyes Noguero

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2015

Autora

Irene Reyes Noguero

Sevilla, 1997

Graduada en Filología Hispánica y máster en Enseñanza Secundaria por la Universidad de Sevilla. Profesora de Lengua Castellana y Literatura en Instituto de Secundaria. Ganadora de 4 premios académicos y 57 literarios; entre ellos, un Taller de Escritura Creativa por la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Seleccionada por la revista Granta como una de los 25 mejores narradores jóvenes en español. Coautora en catorce antologías. Autora de dos libros:

- *Caleidoscopios. Sevilla, Ediciones en Huida, 2016*
- *De Homero y otros dioses. Sevilla, Maclellin y Parker, 2018.*

BOLA DE NIEVE

Irene Reyes Noguero

Ciento cuatro.

Blancas como copos de nieve, sin deshacerse en la boca, resbalando, deslizándose, arrasando la garganta, prendiendo fuego al esófago que se contrae, se dilata, se contrae, se dilata, empujándolas como cerillas ardientes llamando a la bilis, al estómago que se queja, rechista, protesta, grita. Te arrancan la vida de cuajo.

Ciento tres.

“Me duele la barriga, papito, me duele de verdad, por favor, papito, no más, no puedo más, no quiero más”. Pero las llamas anegando las venas, las llamas reptando hasta tus uñas, tus dientes, tus huesos. Las llamas inundándote el alma. Deliras.

Ciento dos.

Y el sudor corriendo por las sienas y alcanzando unos ojos perdidos, como sombras; unos ojos que no laten, y la fatiga en el corazón sin aliento, naufragado, y el vértigo en las arcadas rojas, en los suspiros violetas. Hecha jirones, ronca, raída, rota.

Ciento una.

“Papito, por favorcito, ya basta, voy a vomitar, por el Niñito Jesús, que no puedo más...” Pero una más y otra y otra, porque

papito no escucha, porque papito le dijo a mamita que te sacaba a pasear y a ver el mar, y a ti te gusta el mar, ese azul profundo, sin nubes, como de día sin colegio. Pero hoy se evaporó su azul y solo te ha quedado este blanco de farmacia metido en la boca.

Cien.

De cien a cero, de cero a cien..., ya queda menos.

Despiertas. Números en la cabeza. Cuentas perdidas para no encontrar. Dolor en el vientre. Inmenso, atroz como un zarpazo.

Por fin, olores. El aroma de una habitación de hospital, el olor aséptico de las medicinas, las sábanas limpias, los carros paseándose por la planta del edificio, de arriba abajo. Los ascensores como bocas, que tragan y escupen visitas de amigos, de familiares que consuelan, cuentan chistes, dan la mano. Pero no hay ninguna mano junto a la tuya. Nadie quiso acompañarte en tu dolor. Papito te dejó como paquete que estorba, y luego desapareció en la madrugada. Mamita tampoco está.

Perdiste tanto anoche. Tu infancia huyó para siempre de puntillas. Solo te queda ese dolor agudo, infinito, que te impide respirar, y el olor sin olor de las pastillas blancas. Por perder, perdiste hasta el nombre. Ahora eres en el hospital la niña, la pequeña; en los titulares de los periódicos, una menor de once años, la mula. La Mula.

Qué fácil para los medios, toda tu vida apretada, reducida, comprimida en una tarde con tu padre. Para el resto, nada más hay ni nada más habrá: “extraen 104 cápsulas de droga a niña colombiana que iba a ser usada como mula.” Qué limpio, qué fácil, qué breve. Pobre Mula. Tú prefieres no darte tanta importancia. Solo deseas dejar atrás la consistencia insípida de las perlas blancas, su dureza reptando garganta abajo, la estrechez del esófago al angostarse cada vez más, y más y más. Tu padre dice: “otra”; grita: “otra”; ruge: “otra”. Y tragar es un suplicio, una pesadilla. “¡Qué bueno sería estar muertita, así tranquilita, con los ojos cerrados!”

Noventa. ¿Cuál de ellas se abrió dentro de ti? ¿Cuál de ellas se derramó, se deshizo y te inundó de nieve? ¿Cuál de ellas estuvo a punto de arrebatarte la vida o, al contrario, te la salvó, al alejarte



para siempre de las mafias del narcotráfico? Pobre niña herida, huiste como fantasma de las garras de los malos.

Ochenta. Sigues retrocediendo y te topas con esa cifra: cuatro por veinte o la raíz cuadrada de seis mil cuatrocientos; así podrás decirlo cuando vuelvas al colegio. Algunos no se atreverán a mirarte o tal vez lo harán con compasión; otros sentirán admiración porque saliste en los papeles. El resto te observará de soslayo, preguntándose si realmente es posible tragarse tal cantidad de droga.

Setenta. Recuerdas la angustia, la fatiga, la inocencia violada sin remordimientos, y una sola pregunta que rabia por salir de tus labios, por hacer de tu boca algo más que un instrumento para engullir sin sonido. Pobre cascanueces sin voz ni muelas. ¿Cuántas más? No hay lugar para el *crackcrackcrack* rítmico de la masticación, solo para la percusión automática de tu lengua golpeando el paladar, empujando otra pastilla y otra y otra y otra...

Sesenta. Ya es más de la mitad. Te sumerges en el rostro de tu padre, en sus facciones desdibujadas por la pesadez de tu respiración al tragar. Te fijas en sus ojos, como dos círculos blancos; en su ceño fruncido; en esas manos rudas que tal vez un día te acariciaron, tal vez te golpearon. Escuchas su voz fuerte, profunda; su orden, como un eco: “otra”.

Cincuenta. Y dos pasaportes en la mesa. Tu padre te habla bajito, suave, dulce, como si aún tuvieras dos años: “¿te acuerdas cuándo fuimos a España en marzo? Esta vez te llevaré al Parque de Atracciones, en Madrid”. Lo escuchas entre arcadas: “papito, con todas no voy a poder. Son tantas...” Sus ojos ahora como piedras grises; su voz de metal: “¿no oíste que te dije? Te llevaré al Parque o a la Warner. Si eres buena”.

Cuarenta. Tú siempre quisiste ser buena, tener contenta a mamita, ver la risa en los ojos de papito. Pero papito ya no ríe como antes. Mamita tampoco desde que él se fue. Papito se perdió en su mundo de los polvos mágicos. Recuerdas sus pupilas brillantes, al volver a casa de madrugada. Tú no sabes de la emoción de la pista de baile, del zumbido constante de la música, de la vibración que se

mete en las venas; del ritmo del corazón acoplándose a una melodía frenética. Eres muy niña y tú no sabes de quienes, deslumbrados por las luces de la noche, se encierran en los servicios de las discotecas y aspiran polvos que les arrebatan el alma. Lotófagos que se olvidan de sus Ítacas, de sus niñas que los esperan, porque no pueden dormirse sin su beso de buenas noches. Tú no sabes...

Treinta. No puedes parar, no debes parar, porque papi es bueno y te quiere y te mimas y te adora, y te promete que no pasará nada por unas cuantas más, y el tictac del reloj de pared se vuelve blanco, pequeño, redondo, y los segundos se deslizan garganta abajo, al compás de la arena del tiempo: *tictac, tictac, tictac, tic...*

Veinte. Aún no te arde el estómago ni las lágrimas prenden fuego a la mesa, sobre la que rebotan, tras deslizarse por tus mejillas sin sangre. Una a una; poco a poco; una secuencia exacta, inevitable, perfecta. Gotas de lluvia incendiadas.

Diez. Es un número redondo, mágico. Tu edad menos uno. Tu nota en Historia. Las cápsulas en tu cuerpo. Pastillas. La vida también puede medirse en pastillas.

Cinco. La hora en que papito te recoge para llevarte a pasear. Las canas en sus cejas. Las mentiras en sus ojos.

Cuatro. El número final de la matrícula del coche. Los vecinos en el ascensor. Las palabras de mamita hace un rato: ¿quieres ver la tele?, cuatro, ¿te apetece comer algo?, cuatro. Las veces que sonrías antes de poner tu canal favorito, cuatro, antes de ver los dibujos en el que pequeñas hadas del bosque buscan un caldero mágico tras el arco iris.

Tres. Aldabonazos en la puerta. *Toctotoc*. Aún no lo sabes, pero afuera tu padre te espera; la mirada impasible; las pupilas brillantes y fijas. Papito tiene tres granitos en la frente. Tres. Pequeños. Blancos, como copos de nieve. Te gusta la nieve.

Dos. Suena el timbre del colegio. El corazón te golpea de alegría. Esta tarde papito vendrá por ti.

Uno...

Cero.